

FUERON LOS GUARDIANES DE NUESTROS HERMANOS

Una propuesta para romper nuestra inconsciente conspiración de silencio y dar las gracias donde éstas son requeridas

HAROLD SCHULWEIS

Harold Schulweis es Rabino de la sinagoga Valley Beth Shalom, en Encino, California. Es un renombrado escritor, profesor y pensador del Movimiento Conservador. Tomado de "Moment", mayo 1986.

Mis hijos eran jóvenes entonces. Demasiado jóvenes, pienso, para ver ese film sobre el Holocausto. El film exhibía las figuras esqueléticas de judíos muertos de hambre, hombres y mujeres más embriones alargados con ojos hundidos que adultos plenamente crecidos. Mi ambivalencia me atormentó. Por un lado quería que mis hijos maduraran, conocieran la profundidad de la tragedia judía. Mi padre lo llamaba *oismenschlen zif*, superar fantasías infantiles, encarar la realidad. Por el otro, me preguntaba si el documental no pondría una piedra sobre sus corazones, no les haría sentir que ser judío es ser atrapado por un círculo leproso.

Seguí enseñando el elevado concepto judío de los seres humanos como creados a imagen y semejanza de Dios, en contraste con el pesimismo cristiano que presenta a los descendientes de Adam como criaturas nacidas de un pecado transmitido. Seguí citando las alabanzas del salmista: "pero más bajos que Dios". Pero las abrumadoras ilustraciones de la conducta humana, mantenían una imagen de venalidad, corrupción, traición, persecución. El Holocausto era no simplemente un episodio en la historia judía, sino el paradigma de la destrozada condición humana. Y en cuanto al significado judío específico, la Shoá llegó para servir como metáfora compelida de la existencia judía pasada, presente, futura. Este punto de vista tiene una dura evidencia: la colusión contra los judíos, la fingida sordera de los espectadores, la estudiada ambigüedad de la Iglesia, la parálisis autoinducida de los aliados.

¿Existió alguna evidencia empírica para sostener el punto de vista judío? Aparte de la desesperada prédica del humanismo judío ¿qué evidencia existía para apoyar la reivindicación de la presencia de Dios en la naturaleza humana y la fe judía en El y en la corona de Su creación? Estuve tamizando cuidadosamente las cenizas de la Shoá para descubrir un rescoldo de esperanza. Estuve a la búsqueda del otro aspecto del Holocausto, cuando me encontré con *Their Brother's Keepers* de Philip Friedman. Fue una revelación para mí. Hubo lágrimas aquí, pero de una fuente distinta. Porque aquí había paisanos, sacerdotes, granjeros, maestros, que *rehusaron* racionalizar la complicidad con los depreda-

deres. Había aquí cristianos de todas las profesiones y en todo país controlado por los nazis, que falsificaban pasaportes, escondían familias judías, alimentaban a los hambrientos, a los perseguidos. ¿Quiénes eran? ¿Qué clase de polacos, alemanes, holandeses, búlgaros, belgas, cristianos, arriesgarían sus vidas y las de sus familias para salvar gente que no era de su fe?

A principios de 1960 me encontré atraído cada vez más por este fenómeno: el rescate de judíos por no judíos. Hablé para auditorios rabínicos y laicos, apelé a organizaciones nacionales judías y a círculos seculares académicos para la dedicación a un estudio serio empírico, de interpretación moral de estos actos de altruismo en medio de las atrocidades inenarrables del Holocausto. Fundé y dirigí el Institute for Righteous Acts, algunos de cuyos archivos están en el Judah Magnes Museum, en Berkeley.

La gente escuchaba, inclinaba la cabeza asintiendo, algunos adelantándose para informar que ellos y otros sabían que habían sido efectivamente rescatados por gentiles. Pero persistía y persiste hasta hoy una resistencia muy palpable a la sugerencia de que los rescatadores debían ser estudiados, mejor entendidas sus motivaciones, sus vidas celebradas. Encuentro todavía una falta de entusiasmo acerca del rescate cristiano de judíos y dudo acerca de las razones de esa extraña reserva. Dudo y especulo.

Innegablemente hay gente, pseudo eruditos, así como una superpotencia mundial que encuentra difícil admitir lo único e inmenso del sufrimiento judío. En nombre de alguna perversa noción de universalismo, escatiman a los judíos la particularidad de sus angustias. Prefieren desarraigar a las víctimas judías, enterrarlas anónimamente. Hacen un repugnante juego de números, no seis sino "simplemente" cuatro, o tres, o dos millones de judíos muertos. Deforman de tal modo la historia que definen el Holocausto como una manipulación de gente crédula, con el objeto de obtener un favor por el parentesco con sus "supuestas" víctimas. No hay límites para su deformación de la historia.

En un ambiente tan hostil es comprensible que los judíos guarden celosamente los tesoros del sufrimiento judío, y se vuelvan ansiosos para que no se enfoque la atención sobre la conducta de los rescatadores gentiles, para desviar la atención del sufrimiento de los tan brutalmente violados. No se debe permitir que la luz eclipse la oscuridad. Algunos sospechan que la evidencia de los actos de los gentiles justos, pueden ser usados para blanquear la villanía. Otros sopesan el número de salvadores frente al de los depredadores y lo encuentran tan escandalosamente desproporcionado como para burlarse del esfuerzo de estudiar y hacer público lo bueno. Para ellos, los relatos de los gentiles justos son notas secundarias que no entran en el texto. Inadvertida pero inevitablemente, es borrado de este modo el recuerdo de los gentiles justos. Pregunta a mis hijos o a los tuyos acerca de los nombres, actos y destino de los heroicos colaboradores cristianos que escondieron a la familia de Anna Frank.

Los científicos sociales tienen sus propias tendencias. Un prejuicio mayor es la convicción a priori de que los humanos son básicamente innobles, explotadores, agresivos, dañinos. La tendencia es presentada en nombre del realismo y la objetividad. Insisten científicos en que las cualidades de suavidad y bondad son máscaras superficiales que la gente usa para esconder sus groseras motivaciones. Raspa a un santo y descubrirás un pecador. Debajo del altruismo, hay un despreciable egoísmo universal.

Esta tradición "erudita" es hereditaria de Thrasymachus, Maquiavelo, Hobbes y Nietzsche, una versión secular del pecado original. Presentada con vestidura meta-psicológica en el pesimismo-realismo de Sigmund Freud, para quien el altruismo es, como raíz, una forma de hipocresía cultural. ¿Quién tiene el coraje de disputar la evidencia —pregunta Freud en su *Civilización y sus Descontentos*— de que el hombre es el lobo del hombre— *homo hominis lupus*?

Otros, filósofos y psicólogos, buscan disminuir la realidad del altruismo demostrando que desde que el auto-sacrificio ofrece una satisfacción egoísta al que ayuda, no se hace por el bien del otro. De acuerdo a esta lógica espuria, santo y pecador, rescatador y perseguidor son reducidos a un común denominador de egoísmo. Semejante prejuicio sofisticado puede ayudar a explicar por qué hay tan pocos estudios sobre el altruismo, comparado con estudios sobre el autoritarismo, por qué el carácter y la motivación de la gente malvada es tanto mejor investigado que el de los bondadosos, por qué el término *altruismo* es introducido tan tarde (por Augusto Comte en el siglo XIX), en el vocabulario de la ciencia social. También hay algo que mantiene a distancia el estudio y celebración del altruismo. La alabanza de la bondad presenta sus propios desafíos. Hombres y mujeres malos pueden ser una amenaza menor para nuestro interés personal, que las personas realmente buenas. Un caso extremo: somos comparados con Eichman, unos santos. Pero medidos frente a un Fritz Graebe, un Alexander Roslan, un André Trocmé, nuestra pretensión a la virtud se estremece. Leyendo los relatos corroborados de sus comportamientos de rescate, podemos preguntarnos: ¿escondería Ud. o yo a estas familias perseguidas en nuestros hogares, alimentándolas, dándoles ropa, ofreciéndoles un santuario, sabiendo que informantes venales y depredadores sádicos están rondando? ¿Haría esto Ud. o yo a hombres, mujeres y niños que son extraños a nuestra fe? A pesar de la adulación retórica a los rescatadores justos, ¿queremos educar a nuestros hijos a emular a estos héroes morales, tan desinteresados, en burlar la muerte?

La tentativa de enfrentar la bondad puede ser ulteriormente complicada, porque los héroes no son judíos. Es engañoso dividir al mundo en dos partes, una tentación maniquea dividirlo en hijos de la oscuridad e hijos de la luz; el pensamiento cismático de que los "blackwashes" son los de afuera y los "whitewashes" los de adentro sancionando nuestras iras, respaldando las maldiciones contra los "otros". Enfrentados a los gentiles justos estamos encarando una abigarrada realidad. El exterior

no es todo oscuro con traición. Gentiles justos, aun alemanes, polacos y ucranianos transtornan la certidumbre de "todo" o "nada", de "siempre" o "nunca". En nuestro caso negar y eludir el altruismo gentil es una estrategia para preservar las barreras de juicios divididos.

Pero ahora, cuatro décadas después, algunos entran en la caverna con una pequeña linterna para examinar las secuelas, tamizar las cenizas de la destrucción, a fin de encontrar algún residuo de esperanza. Lentamente surge una magra literatura de investigación y reconocimiento público de los actos de los justos. Nejama Tec acaba de publicar un estudio pionero sobre el rescate cristiano de judíos en Polonia ocupada por los nazis: *When Light Pierced the Darkness*, (Oxford University Press). El libro de Douglas K. Huneke, *Moses of Rovno* (Dood, Mead and Company), cuenta la conmovedora historia de Fritz Graebe, un cristiano alemán que arriesgó su propia vida y la de su familia al conducir a cientos de judíos a salvo, durante el Holocausto. El profesor Samuel Oliner está ocupado en una amplia investigación de la personalidad altruista basada en amplias entrevistas a rescatadores gentiles. El documental de Pierre Sauvage sobre André Trocmé y los rescatadores de la ciudad francesa de Le Chambon, es asequible. Está en producción un film basado en *Schindler's List*. Estas son señales alentadoras de que la resistencia pasiva y la tendencia contra la investigación y publicidad de los gentiles justos, puede estar cambiado.

La omisión del fenómeno debe ser superada solamente sobre bases morales. Los judíos que son testigos de la capacidad humana para torturar y destruir, son también testigos de la capacidad humana para salvar y reconstruir. Este testimonio es vital para la curación de la conciencia traumatizada de la humanidad. La generación del post-Holocausto, los hijos de los que han sobrevivido, necesitan ser ayudados para confiar de nuevo. El desequilibrio precario que pone todo el peso de la evidencia sobre la parte depresiva de la escala, debe corregirse con la evidencia empírica de la benevolencia humana. Al prejuicio que distorsiona el carácter de la naturaleza humana y la limita a lo "horrible, bestial y tajante", debe oponerse el testimonio, de los que en momentos infernales, cumplieron durante mucho tiempo cuidados y preocupaciones con autosacrificio.

Debe apoyarse la investigación del comportamiento altruista; debe pagarse con una mayor atención a esta área repetidamente descuidada del Holocausto. No temo que la evidencia del rescate vuelva trivial lo malo, la monstruosidad. La inferencia es ineludible. No hay héroes sin villanos, ni rescate de los cazados sin persecución de los cazadores. Por el contrario, esos judíos y no judíos que puedan temer entrar en la cueva por miedo a ser tomados por la desesperación de no salir —hay muchos de éstos— pueden ser alentados a superar sus temores, si saben que aun aquí percibirán chispas sagradas. Es necesaria la luz para iluminar la oscuridad. Se necesitan héroes morales de carne y sangre para resucitar nuestra exhausta moral. Somos presentados con una irónica simetría. La negación o denigración del número de gentiles

justos que dieron ayuda, es el lado opuesto de la perniciosa negación y reducción al mínimo del número de víctimas. Uno pregonaba que no hubo tantas víctimas, el otro que no hubo tantos héroes. Siempre hay demasiado pocos de los justos cuya presencia pudo haber salvado a Sodoma. ¿No trae éso a la memoria a los que fueron lo más precioso, lo más importante? La memoria de los justos no debe ser llevada junto con la de los malvados, no por supuesto, por los herederos de una tradición que declaró que por los treinta y seis hombres justos se conserva el mundo. Los treinta y seis deben ser honrados.

Debemos rehabilitar el significado de sus actos, descubrir su destino y endulzar el recuerdo de sus vidas. Hay demasiados relatos de rescatadores caídos en momentos difíciles, no celebrados, abandonados. La teología se ha ocupado de recompensa y castigo como prerrogativa de Dios en este mundo y en el próximo. Pero no estamos desamparados en este campo. Castigamos, dentro de la corrección, a los asesinos de gente inocente, los buscamos y procuramos justicia. El mundo no es impotente. El asesino de millones no tiene un estatuto de prescripción. *Pero tampoco somos impotentes para recompensar.* No es demasiado tarde para la comunidad judía mundial constituir una *Fundación para sostener a los gentiles justos*, muchos de los que fueron trágicamente condenados al ostracismo, por los antisemitas, en sus países natales, muchos de los que están hoy pobres económicamente, aun desesperados. El bien debe ser recompensado en este mundo, en este momento y por nuestra comunidad.

La recordación judía es una tarea sagrada. Tan importante como la orden de recordar lo que Shifrá y Puá hicieron (Exodo 1:15-22).

Teólogos, moralistas, educadores de todas las religiones deben juntos alistarse para asimilar e interpretar la evidencia considerablemente ignorada. Y nosotros los judíos poseemos un testimonio de bondad que merece ser plenamente oído: "Vosotros sois Mis testigos". Un famoso midrash en *Pesijta d'Rav Kahana*, sigue explicando la intención de las palabras de Dios "Si sois Mis testigos, entonces Yo soy Dios. Y si no, entonces Yo, digamos, no soy Dios". Hay santidad en el mundo y nosotros los judíos tenemos la gran fortuna de ser, si nos lo permitimos Sus testigos, testigos de la presencia de Dios en nuestro medio. No dar testimonio de la chispa de la humana decencia, en la oscuridad, es traicionar nuestro juramento. Debemos testimonio a nuestro Dios y a nuestros nietos.